

DONCELLA DE LA PIEDRA
Mónica Sanz - Elanor Findûriel

Tejía en silencio, sin guantes. Los hilos de metal se le clavaban en las yemas, pero no le importaba.

Tejía en silencio y, sin embargo, el sonido del metal al entrelazarse y asentarse hendía el aire detenido como un cuchillo plateado que se deslizase por el borde de la escena, recortando lo innecesario y quedándose con lo brillante, lo importante, lo batido y tundido, lo estirado y retorcido. El metal, cabellos de la piedra, y ella, doncella de tan ingrata señora.

La luz del candil vaciló y parpadeó. Ella se levantó, pequeña, inclinada, como si llevase a sus hombros todo el peso del mundo. Caminó a pasitos cortos hacia la alacena, recogió la aceitera, se aproximó a la repisa y rellenó, con tragos sonoros y viscosos, el depósito de la lucerna. Siempre haciendo su labor, sin soltarla ni un segundo, arrastrando tras de sí el hilo futuro que se convertiría en retrato pasado en sus manos.

Regresó a su sitio, de mullidos cojines y cálidas mantas, también tejidas pero por manos ajenas. Y siguió con su labor pacientemente, con ritmo de engranaje constante.

El reloj dio las diez.

Nadie hablaba con ella. Ni siquiera cuando subió al carro y la acomodaron lo mejor que pudieron bajo los telones le preguntaron nada. Simplemente le dejaron a su alcance todo lo que pudiera necesitar.

Miró con desgana el pan, el queso duro, la cecina y los frutos secos. Las bestias de carga se pusieron en marcha, todas a una vez, y el carro comenzó a andar con un topetazo. El agujero enorme que llevaba en el pecho resonó, como una campana de bronce que nadie más oía.

Retuvo el aliento y un momento después lo dejó salir, en un largo y quedo suspiro.

Siempre la miraban cuando se concedía esos pequeños alivios, ¿por qué la miraban? Hizo lo que siempre hacía cuando se sentía observada, buscó en los pliegues de su delantal y extrajo la labor. Esta vez sí llevaba guantes. A última hora de la noche se había cortado con el hilo de metal y la sangre le disgustó sobre lo que llevaba trabajado. Así que, con paciencia y fastidio, se curó los dedos, y un sueño impertinente la atrapó sentada en la mecedora.

El traqueteo de la carreta amenazaba con hacer lo mismo, así que abrió el pellejo y se salpicó agua en la cara para despejarse. El tacto del suave vello en sus mejillas le trajo a la mente la primera infancia y la larga juventud. Su hermano mayor siempre se había burlado de su barba rala y pajiza.

- Ningún muchacho con riquezas querrá cortejarte, hermana, si tienes tan pocas barbas que adornar. Más bien un minero de los túneles del cobre.

- Ningún muchacho de ninguna condición querrá cortejarme, hermano - le respondía - porque tú no los dejarás. Me quieres vieja, seca y sola para que te siga, como un cuervo sabio, a los consejos y reuniones.

Y su hermano mayor sólo rió, con esa risa clara y alta que le brotaba del pecho juvenil, y no dijo nada más. Juntos recorrieron los amplios salones, aquellos que después conocieron la oscuridad, la violencia y la llama, escuchando los lejanos rumores de los martillos y los picos, los engranajes y los siseos de forja.

Y costó, ¡vaya que costó! que su hermano mayor aceptase que ella se uniera con el hombre que había elegido. No por casta ni por riquezas, ya que en aquellos tiempos poco importaba ya, sino porque la vería marchar de su lado más a menudo y ya no sería suya para conversar y pasear en el poco tiempo que le dejaban sus deberes. Cuando ella quedó embarazada de su primer hijo, él fue quien fabricó el capazo. Con el segundo, lo que trajo fue un hermoso tocado de plata, y dos pequeñas hachas de madera para los niños.

Les darían uso. Más pronto de lo que ella hubiera deseado.

Comenzaba a atardecer. Se cubrió con una manta hecha de retales, suave y cálida y, a su pesar, volvió a quedarse dormida con el bamboleo de la carreta.

El camino desde las montañas hasta La Montaña era largo e ingrato. Estaba rodeada por un yermo infinito, o al menos así se le antojaba. Aunque añoraba con dolor los años de su infancia, vividos allá, terminó acostumbrándose y amando vivir en su nuevo hogar.

Su padre no se acostumbró jamás. Y la nostalgia en el rostro de su hermano mayor era grande y pesada. El hermano mediano, más dócil y adaptable, se resignó pronto y se amoldó a vivir manejando el hierro en vez de la plata. Siempre se le había asemejado al bronce, flexible y brillante al tacto del calor del hogar, estuviera donde estuviese. Pero aun así se sentía impelido por el mismo orgullo férreo del abuelo y el padre por recobrar las antiguas y nobles ciudades de su pueblo.

Aún recordaba cuánto lloró, en lo profundo, por ese hermano. Cuántas veces imploró, a solas y sin querer ver a nadie, por su vida corta y hermosa, cuando murió con todos los honores en Azanulbizar. Pudo ver su cuerpo, partido y exprimido, como el de un gorrión en manos de un gato, hasta que ni siquiera se lo reconocía. Aquella fue la primera máscara de metal que trenzó, aquel su dolor primero, aquellas las primeras hebras doradas que hubo de entrelazar cual bigotes y barbas hermosos y resplandecientes, hasta que el rostro irreconocible se convirtió en eterno.

Y aquella lucha no sirvió para nada... para nada sino para perder al Rey y a su querido hermano segundo, y para enardecer más al primero y contribuir en la ciega locura del padre. Ella asistía a las reuniones como miembro de la familia, como descendiente del noble linaje más antiguo entre los suyos y, aunque el pecho se le inflamase con las palabras de honor y gloria, cada vez se sentía más apartada de las manos ajadas del padre, de sus ojos amarilleados y ansiosos, de sus barbas descuidadas y su falta de sueño.

‘Agradecí no haber nacido para la batalla’ pensaba, nostálgica y dolorida, mientras escuchaba las cansinas cigarras entre los matojos secos del llano. ‘Perdí a demasiados en esas luchas sin final. Pero quizá si hubiera empuñado el hacha, si hubiera fabricado mi yelmo y hubiese entrenado, quizá entonces...’

Se negó a seguir imaginando. Figurarse que hubiera podido ayudar a sus hijos le hacía demasiado daño. Pensamientos vacuos que ya no servían de nada.

Desayunó un pequeño pedazo de queso, duro y salado, que le dio sed. Tomó un hilo de bronce, trenzado y grueso, y comenzó a calentarlo en las manos para que se volviera dúctil. ¿Cuántas veces tendría que hacer ese mismo camino? Al menos dos penurias había pasado ya por aquellos yermos y aquellos matojos, y volvía a maldecir entre dientes aquellas tierras ingratas.

Cuando era joven aún, al menos más que ahora, se había aventurado al norte de las montañas con su amado varias veces. El ánimo aventurero se les despertaba de tanto en cuanto, aunque a su hermano no le hacían mucha gracia aquellas excursiones. El norte de las montañas era otra cosa, muy diferente al sur, tan yermo y llano. Las laderas les llamaban con su voz poderosa y retumbante y, cuando hacía demasiado tiempo que no salían de casa, sentían en las venas el deseo latente y el hambre por volver a explorar.

Sus hijos eran pequeños aquella vez en concreto. El menor aún no andaba, así que lo llevaba en su cesta a la espalda. El mayor trepaba más allá de lo prudente. Pronto aprendería que su deseo de forzar los límites de lo posible no podía ser calmado con las simples riñas de una madre.

Aquel día llegaron a ver las primeras señas de lo que pudo ser, muchos años atrás, la imponente ciudad de Tumunzahar. Fragmentos de roca tallada, invisibles para cualquier ojo que no fuera enano, yacían olvidados y cubiertos por el musgo. El mayor las miraba y tentaba con curiosidad, aún incapaz de asimilar la importancia de aquellos restos.

‘Demasiado los comprendió después’, se lamentó la mujer, dando forma al hilo de bronce, ‘demasiado permeó el odio y la ambición en aquellas manos diminutas. ¿Acaso fue mi culpa? ¿Acaso dejándolo tocar esos restos nació en él la necesidad de batalla?’

Nunca se permitían, no obstante, llevarse nada de vuelta a casa. Aquellos restos debían permanecer allí, como huellas de la historia de sus antepasados. Desde entonces y en cada expedición escalaban hasta su lugar secreto, aquella sala fragmentada cuya entrada sólo ellos sabían encontrar, y su hijo y su esposo le pedían que cantase para ellos.

Sólo entonces la lengua de los naugrim, el recio khuzdúl, volvía a las polvorientas paredes de Tumunzahar, haciendo a las grietas estremecerse y a los corazones inflamarse.

El sol alcanzó su cenit.

Las otras mujeres insistían en que debía comer. La vieja Nithi trató de ayudarla con su labor, pero ella no lo permitió y la echó de la carreta. Antes de descender se volvió hacia ella, con los ojos húmedos, y le graznó que no era la primera en perder a un ser querido. 'No es la primera vez para mí, vieja' pensó 'pero será la última. Porque ya no queda nadie'.

El esposo se fue en silencio. No hubo batallas para él, ni fuegos de criaturas oscuras, ni el honor en la defensa de lo propio. Sólo enfermedad. Una lenta agonía sin lamentos, pues aguantó lo que aquella horrorosa fiebre le trajo sin rechistar hasta que murió, apagándose como el destello de un hacha oxidada.

No hubo para él máscaras, sino locura. Una losa de pesada piedra y una esposa que escapó, completamente demente, de las salas y las chozas.

Cuando sus hijos la encontraron le contaron que llevaba desaparecida más de una semana. Ella no recordaba nada. Se dejó cargar de vuelta a casa, como un bebé, por los dos jóvenes en que se habían convertido sus pequeños. Hundió la nariz en sus cabellos, y con ellos enjugó sus lágrimas, recordando la espesa y dorada barba del amante que se había marchado para siempre.

Hubo, sin embargo, reproches a la vuelta. Reproches en secreto, en lo más profundo de las salas. Su hermano le amonestó con severidad por la falta de decoro y de nobleza de su huída, por la debilidad que había mostrado ante el pueblo al marcharse tras los oficios.

- No hay nobleza en nosotros, hermano, sólo derrota - le contestó ella, con la amargura subiéndole por la garganta.

Entonces fue cuando se encontró con los ojos de sus hijos.

La misma mirada. La misma.

El fuego, el hierro. Las manos apretadas alrededor de los mangos de las hachas, haciendo crujir de igual manera la madera y el hueso. Los corazones, enardecidos. La respiración, grave. El orgullo, exudando por todos sus poros.

Salió de allí, retorciéndose las manos y con los labios apretados ¿Por qué no habrían salido a su padre, en vez de heredar el fuego en los ojos de su bisabuelo, de su abuelo, de su tío?

La caravana hizo un alto junto a un riachuelo. Dejó la labor a un lado y descendió penosamente de la carreta. Las piernas le temblaban, y unos terribles calambres le atenazaron los muslos. Caminó, todo lo dignamente que pudo, hacia el agua. Se lavó las manos con parsimonia, se refrescó el rostro y bebió un poco, observando las pequeñas ondas que sus manos cansadas provocaban en la corriente. Aquel río se le antojó metal fundido, dorado y brillante bajo la luz del ocaso, veta de vida que recorría la superficie de la tierra.

'Después de todo' pensó, 'las largas lágrimas del mundo seguirán fluyendo eternamente hacia el oscuro mar'.

Hacía rato que había anochecido, pero la penumbra de aquella planicie bajo la luna llena era

para sus ojos naugrim como el brillo vivo de una lámpara.

Ya estaba terminando su penosa labor. Dos de las máscaras descansaban, esperando los últimos retoques, y la barba de la tercera tomaba forma lentamente.

- Madre, no me tomarán en serio

- No debes preocuparte por eso, hijo - le contestó, recolocando los anillos bajo el mentón -. No se darán ni cuenta.

- Sí se darán cuenta, madre. Y si no, ya se ocupará mi hermano de hacerlo notar.

'El cordel es demasiado corto' le había dicho cuando salió hacia la forja. Pero él había sacudido la mano, quitándole importancia. Y ahora se había quemado la barba cuando se le soltó del hombro, porque el cordel, en efecto, era demasiado corto. Se había provocado un buen estropicio. Pero nunca escuchaban a su madre.

Se había pasado la tarde refunfuñando, encerrado en casa, mientras su hermano se iba a la taberna. Pero ella, con manos hábiles y ojo experto, le había recortado los cabellos más quemados y le estaba recomponiendo la hermosa barba para que no se notase el accidente.

- Ahora coges el capuchón y te vas a beber, como todo joven enano de bien debe hacer - él chasqueó la lengua y gimió, fastidiado - ¡sin refunfuñar! No se nota nada de nada lo que te ha pasado y, ¿ves? estás hasta más guapo.

Él se miró en el espejo junto a la puerta, el que señalaba su madre. Ella lo vio examinarse, muy serio y con el ceño fruncido, y estirarse sacando pecho.

Lo abrazó por detrás, llamándolo dulcemente por su nombre verdadero, y él le acarició las manos. '¿Cuándo se han hecho tan altos?' se preguntó '¿cuándo han dejado de ser mis niños para convertirse en mis hombres?'

Aquella máscara no estaba bien. Debía deshacer la barba y volver a empezar.

Ya podía verse a lo lejos. La compañía se regocijaba, miraban hacia La Montaña y se emocionaban. Hacían planes, alzaban voces e incluso cantos de reencuentro. Pero cuando se acordaban de que ella iba en aquella carreta, guardaban silencio o hablaban en susurros. La primera vez que las nubes se disiparon y pudo ver la estilizada montaña, a cuyo sur se intuían las enormes puertas, un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

Virarían hacia el este pues, por lo visto, las puertas del sur necesitaban un desescombrado severo. Tendrían que atravesar el llano de la batalla.

Las manos le temblaron y la máscara se deslizó hacia su regazo.

La dejaron hablar. Su hermano, sentado muy serio y muy erguido. El mayor de sus hijos, de pie junto a la puerta, apoyado en el largo mango de su hacha. El pequeño, sentado en el suelo, pasándose las manos repetitivamente por el rostro, mesándose los bigotes con ansia. La dejaron hablar, sí. Hablar hasta que se le secó la garganta. Hablar hasta que la lengua le dolió y los dientes le rechinaron.

Después, sólo le quedó rogar, porque ni lágrimas se podía arrancar. Y sabía que ni siquiera

eso funcionaría.

Lo había visto venir, aunque se lo negaba cada vez que el pensamiento le cruzaba la mente. Y ahora no había vuelta atrás. Todas aquellas reuniones, todas las visitas de su hermano y los cuchicheos de noche entre sus vástagos, las armas que habían comenzado a poblar los rincones... y aquel maldito mago en las bocas de sus hijos, haciendo brillar sus ojos y erizarse sus barbas.

- Lo haremos, querida hermana - susurró su hermano, tendiéndole la mano para que se alzase del suelo -. Lo haremos, porque es lo que hay que hacer.

- Entonces prométeme, por la sangre de nuestros antepasados, que me traerás de vuelta a mis hijos - contestó, ciega de rabia e impotencia.

- Tus hijos saben cuidarse solos madre - respondió el mayor -, mas comprendemos tu angustia. Y estaremos rodeados de amigos que nos defenderán cuando nosotros no podamos.

Cerró los ojos, y sintió el estremecimiento de unas últimas lágrimas correrle por las mejillas y esconderse en el vello de sus pómulos.

- Entonces tenéis mi permiso, hijos míos, y también os llevaréis mis pensamientos allá donde estéis - se puso en pie con el rostro henchido de orgullo, como la noble enana que era, y fue a besar las frentes de sus hijos -. No olvidéis nunca, hijos míos, que hay una madre que os espera en casa y a la que debéis el respeto de volver.

La abrazaron largamente, más de lo que podía soportar, elevándola del suelo. Pudo sentir cómo, en su pecho, se iba horadando un agujero más grande con cada beso, con cada palabra, con cada caricia de sus manos.

Cuando la soltaron, después de lo que parecía una eternidad, los miró largamente a los ojos. Las llamas de sus pupilas la enorgullecieron aún más, y el agujero de su pecho resonó por primera vez, haciéndola suspirar.

Ahora la barba de la máscara estaba mejor. Sentía que no quería terminar aquellas piezas, porque significaría que habían llegado a su destino, a ese cruel y desgarrador destino en el que no quería ni pensar.

Con cada bache, se imaginaba un cadáver al que las ruedas del carro pasaban por encima. Sabía que no era así, que el llano de la batalla estaría ya limpio, y esperaba que no hubieran tenido que hacer lo que hicieron en Azanulbizar, donde todos los cadáveres tuvieron que ser apilados y quemados. Pues inconmensurable fue la tragedia de su pueblo ante las puertas de Khazad-Dûm.

La sombra de La Montaña los había cubierto hacía ya un buen rato. La entrada del este se extendía, con su brazo de agua, como las extremidades de un pétreo monstruo dormido en las primeras eras del mundo. Había una profunda cicatriz en la tierra, allá donde la batalla había tenido lugar, y ella la veía pasar y alejarse desde la parte trasera de la carreta.

- Hermana...

- No sé si quiero que me hables, hermano -. Ella le dio la espalda.

Él sonrió y la llamó por su nombre verdadero. El agujero de su pecho, que cada día se hacía más grande, resonó.

- Hermana...

- No quiero que corran riesgos innecesarios. No quiero que les dejes trepar muy alto. Ni quiero que...

- Sois mi única familia.

El tono de voz de su hermano tenía algo que le hizo volverse.

La mirada de su hermano tenía algo que le hizo acercarse a él, primero despacio, más tarde con ansia por abrazarlo. Él se derrumbó en sus brazos, y ella le acarició el cabello.

- Hermana, volvemos a casa. Ya lo verás. Volveremos a los salones, a los corredores... la sala de guardia resplandecerá de nuevo. Reconstruiremos las antiguas estatuas, y padre tendrá una para sí también. Balin volverá a formar a muchachos, y puede... puede que Dáin venga a vernos. Haremos la llamada más grande que nuestra raza jamás ha hecho, y vendrán todos...

- Vendrán de las Colinas de Hierro - lo consoló ella - y de más allá de las montañas, del norte de Eriador, desde los lugares en los que se han visto relegados a herrar caballos y hacer cucharas y juguetes. Llegarán como nos fuimos, con un hato a la espalda, cargando a sus hijos y a sus mayores, con las manos llenas de polvo y los pies cansados.

- Y habrá un fuego a la llegada - concluyó su hermano, separándose de ella e irguiéndose con orgullo -, un buen fuego que los reciba. Pronto volverán a resonar los martillos en las profundidades de la montaña, y con ese sonido se dormirán nuestros hijos, cantarán nuestras gargantas y se mecerán nuestros mayores. Marcaremos el ritmo del mundo con nuestras pisadas, y volveremos a ser prósperos y respetados.

- Y te llamarán Rey.

Thorin la miró, profundamente, con aquellos sus ojos resplandecientes y fieros.

- Recuperaremos Erebor, Dis.

Dieron el alto junto a la puerta. Dain ya la estaba esperando. Recompuso su ánimo, inspiró hondo, comprobó los adornos de su cabello y sus mejillas, y cuando bajó de la carreta todos se asombraron.

Aquella mujer ya no era la que subió, jornadas atrás, a la caravana en las Ered Luin. Ya no era una mujer consumida en la pena y ajada de dolor. Ahora volvía a ser Dis, del linaje de Durin, hija de reyes, hermana del rey, madre de héroes.

La puerta estaba hecha añicos allí donde las garras de la bestia la habían perforado y sus alas la habían abatido. Por toda la planicie se apilaban aún escombros, armas rotas o jirones de ropa. Había un enorme monte de escoria allí donde se había quemado a los orcos.

Dain parecía un rey de antaño, de pie sobre las escaleras, que tanto trabajo le costaron subir a Dis. Pero no dejó que permeara su fatiga. Ahora le debía respeto al Rey bajo La Montaña y aún más respeto a sus propios difuntos.

- Salve Dis, del linaje de Durin, hija de Thráin, hermana de Thorin, madre de héroes - la saludó el Rey cuando poco faltaba para que llegase a su altura.
- Salve Dain, hijo de Nain, del linaje de Durin, Rey bajo La Montaña - respondió ella, avanzando los pocos escalones que le restaban -. Grato es el día en que nos encontramos de nuevo, primo.
- Grato es, sin duda - respondió el Rey, tendiéndole una mano - pues nuestro pueblo regresa a Erebor.

Caminaron juntos internándose en la montaña. La sala de la guardia, antaño resplandeciente en metal y piedra pulida, se veía deslucida, oscura y oxidada. Las titánicas estatuas que custodiaban los flancos, reyes y guerreros de antaño, les miraban con sus ojos vacíos y severos, como si les molestase su presencia, o como si les reprocharan haber estado esperando por demasiado tiempo. Dis las observó con temor y respeto.

El silencio los seguía allá donde caminaban, pues la caravana de Dis era la primera en llegar a Erebor tras la batalla. Había soldados asegurando las puertas, que aún se veían endebles, y aquí y allá aún restaban heridos tendidos en catres, que dormían o conversaban. Todos callaron cuando Dain y Dis pasaron a su lado. Algunos por pleitesía a su señor. Otros por respeto a la mujer.

- Hemos pensado en volver a cerrar la pequeña puerta del oeste por la que penetraron a la montaña - le susurró Dain -, idearemos una nueva forma de disimular el acceso. La puerta del sur será restaurada, así haremos más fácil el acceso a nuestros hermanos de las Ered Luin.

El corredor central de las forjas era tal y como lo recordaba. Se asomó a las profundidades. El polvo se había acumulado en las cuerdas y barras, pero aún se veían en lo profundo algunas plataformas y estructuras que resistían a la edad.

- Las forjas vendrán después - susurró Dain, al ver que ella se detenía -. Ahora mismo necesitamos acero y bronce, pero hay muchos hermanos que esperan volver a arrancar la piedra de Erebor y buscar en sus entrañas el oro rojo.

- La sangre de la montaña - susurró Dis - reemplazará a la sangre de nuestro pueblo, vertida en las batallas que nos han diezmado.

- Y al sudor de nuestros hermanos, condenados al exilio - añadió Dain con orgullo.

- Es una recompensa hartamente escasa.

Dain apretó los labios, tenso.

- Dis...

- Discúlpame, Dain - susurró alejándose, con pasos cortos -. El viaje ha sido muy largo y estoy diciendo tonterías.

Habían tenido el detalle de ponerlos juntos. Uno a cada lado del sepulcro más grande. Las manos pétreas de la efigie central, yacente sobre la lápida, asían con firmeza el puño de una hermosa espada de metal. Dis se acercó lentamente, y cada paso se le clavaba en las plantas como miles de cristales afilados.

‘En cualquier momento, se me rasgará la piel’ pensó para sí, respirando pesadamente ‘y todos verán mi sangre’.

Arrugó los labios. Aquellos relieves eran demasiado toscos, indignos de los sepultados. Se notaba demasiado que se habían hecho con prisa, y por personas que no los habían conocido del todo.

- Fili tenía la barba más larga - susurró, acariciando los surcos torpes del cincel sobre el rostro pétreo. Su hijo era mil veces más hermoso y orgulloso que aquella figura de trazos rectos.

- Dices que la perdió luchando contra arañas gigantes - respondió en un susurro Dain, unos pasos por detrás de la mujer. Las palabras resonaban en las paredes desnudas como los murmullos de la piedra, que les remedaba.

Dis rebuscó entre sus ropas, y extrajo las máscaras, unas pequeñas puntas de metal y un martillo de tallar gemas.

- Ahora te ruego que me dejes, primo - susurró, mientras comenzaba a horadar pequeños agujeros alrededor de la faz de piedra -. Déjame sola con mi dolor.

Dain se alejó, temeroso en cierto punto por dejarla sin compañía. Ordenó a sus hombres que lo siguieran. Mientras la puerta se cerraba pesadamente, sólo pudieron escuchar los laboriosos golpecitos del martillo sobre las puntas.

Cuando la puerta se cerró, comenzaron los cantos.

La máscara de Fili fue fácil de colocar en la lápida. Pronto, su pequeño barbiluengo recuperó su esplendor. Las hebras de oro se retorcían en una armonía de bucles y abalorios, de trenzas y enganches, que adornaron su pecho como una joya de antaño. Con cada pequeño golpe, la risa clara e infantil de su niño le resonaba en los oídos.

Fili le había prometido unos pendientes de mithril que sonasen como campanillas al moverse. Aprendió muy pronto a tocar el violín. Arrastró a su hermano a la misma afición. A veces tocaban para su madre, y ella bailaba golpeando el suelo con las pesadas botas en los túneles inferiores, donde se arrancaba el hierro. Su esposo batía palmas, y todos los males se iban en un suspiro.

Suspiró.

Campanillas que sonasen en lo profundo mientras batía y calentaba, mientras fundía y moldeaba. Campanillas que le recordasen la risa de Fili, limpia y tintineante mientras huía de los coscorriones de su madre después de haber cantado una coplilla picante al violín.

La de Thorin requirió de más trabajo. No sólo por las hebras azuladas, que debían quedar debidamente colocadas, sino porque las piedras engarzadas en sus hilos eran muy frágiles. ‘Un rey merecía azabaches y bronce’ pensó ‘y también zafiros’. Para no dañar las piedras, los golpes fueron sutiles y superficiales.

Pero cada toque resonaba en el agujero de su pecho, que ahora dolía como un puñal en las entrañas. Como cada martillazo que aquel hijo de reyes hubo de dar al servicio de los hombres, como cada chasquido de alguno de sus juguetes en manos de comerciantes.

Thorin moría poco a poco con cada golpe en el yunque, con cada siseo de forja, pero sus brasas revivieron cuando Balin, el antiguo camarada, le dijo que sí. Hubo llamas cuando

Glóin le estrechó el antebrazo con firmeza, y el brillo se convirtió en furia y pulsión ardiente cuando, uno tras otro, los doce se inclinaron ante él y lo llamaron 'señor'.

Cantaba con voz grave al pulsar el arpa, con sus dedos de herrero y su sangre de rey, e inspiraba los espíritus a hacer cosas grandes. Cantaba sobre hogares perdidos, sobre incendio y tragedia, sobre las entrañas de la montaña, y sobre batallas interminables. Sólo ella, sólo Dis, lo había visto murmurar canciones de cuna cuando sus sobrinos eran pequeños.

La de Kili costó más que ninguna. Sus dedos y espíritu ya llevaban el peso de los dos sepulcros adornados, así que no notó cuando sus yemas comenzaron a sangrar. La garganta le raspaba, pero no paró de cantar.

No podía recordar si su hijo era mayor que Frerin cuando también los dejó. Le contaron, con palabras suaves, que sus dos hijos murieron defendiendo a un Thorin herido. Con los escudos primero, con las hachas después, con los cuerpos al final. Contaban, los pocos testigos, que habían sido heridos en muchos lugares antes de expirar, y que entrelazaron las manos en el momento último, yaciendo unidos en el sueño de la muerte.

'¿Cuán terrible fue el dolor que sufristeis, hijos míos, en vuestra agonía?' se preguntó Dís, asegurando una de las puntas con golpes constantes y precisos '¿Quién os arrebató de mi regazo, quién os negó conocer un futuro en el reino que ayudasteis a conquistar?'

- ¿Qué queda para mí aquí, si no la sombra, la duda y la pena?- susurró en un sollozo, sin parar de martillar.

- Queda todo un mundo que comienza ahora, dama Dis.

Ella volvió el rostro. La figura de Balin se recortaba en la penumbra, junto a la puerta. Y allí había más sombras, que fueron adelantándose con la cabeza gacha y los ojos tormentosos. Reconoció a Glóin, a los tres hermanos de capuchones carmesíes y al robusto Oin. a Bifur, que cojeaba apoyado en Bombur. A Bofur con una cicatriz en el rostro, y a Dwalin, que se acercó a su hermano y le puso una mano enguantada en el hombro.

Dis se puso en pie.

- Disculpenme, caballeros, pero aún no he terminado - caminó unos pasos hacia ellos, que se inclinaron con respeto.

- No se preocupe por eso, dama Dis - respondió Glóin - nosotros aún no hemos comenzado.

Y en sus manos comenzaron a aparecer objetos hermosos y elaborados, piezas de metal bruñido hasta centellear como las estrellas. A Dis se le hizo un enorme nudo en la garganta mientras colocaban botas, brazales y coronas en las esculturas, con golpes precisos y musicales. Dos hachas yacieron a los pies de los sepulcros de sus hijos, con el mango labrado en plata. Los pechos enardecieron en abalorios labrados. Bombur limpió las manchas de sangre de las manos de la mujer, y aseguró y aceitó las máscaras hasta que resplandecieron. Dori trajo las lámparas y los cabos de vela.

Pronto todos terminaron su labor, y los sepulcros quedaron bellamente honrados. Dis observó un momento las tres tumbas, que se le antojaron diminutas para unos espíritus tan grandes, y comenzó a desprenderse de los abalorios en su rostro.

Balin tomó su mano, deteniéndola. Pero Dis lo miró, largamente y con los ojos apagados, hasta que Balin agachó el rostro y la permitió continuar.

Ella no supo quién rompió a cantar. Pudo ser Glóin, que se apoyaba contra la pared junto a la puerta, cubierto por la oscuridad, con las manos sobre su hacha. Pudo ser Nori, que se había echado el capuchón sobre la cabeza y tenía el rostro oculto. Pudo ser Bombur, que sollozaba junto a la tumba de Thorin.

Pero todos se unieron al canto de inmediato, con voces graves y profundas.

*Más allá de frías y brumosas montañas
a mazmorras profundas y cavernas antiguas
a reclamar el hogar que antaño perdimos
hemos venido, al nacimiento del día.*

*Volverán los enanos a tallar hermosas joyas
volverán los cantos a escucharse en lo profundo
pues hemos llegado, a través de valles y bosques,
a recuperar el hogar de nuestro pueblo...*

‘Ya festejan’ se dijo Dis con dulzura. ‘Ya festejan en los salones de piedra junto con nuestros antepasados. Y sus barbas son largas y fuertes sus brazos, pues llevan consigo la juventud y la gloria. Ya festejan junto a los siete padres y las seis madres, al lado de nuestro padre Durin. Ya no deben temer al dolor ni a la derrota’
Colocó las trenzas de su barba, recién cortadas, a los pies de las tumbas. Y pronunció sus nombres, los verdaderos, por última vez en su vida.

-

Y se dice que Dis vivió muchos años, en el Reino Bajo La Montaña, y que éste prosperó hasta extremos inimaginables. Que sus manos siguieron tejiendo piezas extraordinarias, y que era honrada y respetada por todos como hija de reyes, hermana de reyes, madre de héroes y miembro del noble linaje de Durin.

Una tarde, cuando enseñaba a sus jóvenes pupilas a trenzar el bronce, con las manos ajadas y secas como las entrañas de la roca, las apremió de improviso a que guardaran silencio.

- ¿No lo oís? - les dijo, con la mirada perdida y la voz apagada - Son campanillas, y violines, y son arpas que tocan. Son... voces que me llaman y canciones que precisan ser bailadas.

Y ya no pudo decir nada más.